



*Aquí en el cielo
como en la tierra*

Por ELOY PASTOR DIEZ

Capellán 2.º

Alguien vió en el salto del paracaidista un jugar la vida a los dados; lo cual no pasa de ser una feliz expresión literaria, tan terrorífica como apartada de la verdad, pues la preparación y adiestramiento de este ejercicio hacen de él una profesión con su fundamento racional, no solamente hija de fortuito fatalismo.

El paracaidista ha de poner en juego el cuerpo, desplegando todas las posibilidades naturales, y el alma, con el ejercicio de todas sus potencias portadoras de elevados ideales.

Reza una de las máximas de la Sala de Plegados en el acto de saltar el paracaidista: *Con el cuerpo confiado a la tela, puesta el alma en las manos de Dios.* Si intentáramos hacer un decálogo del paracaidista, lo escribiríamos también en dos tablas de piedra: en la primera, su relación es con Dios, y en la segunda, su relación es con

el paracaídas; éstas son las dos ideas que han de llenar nuestra vida, consagrada al servicio de una Patria que tiene como meollo y núcleo de su vida la religión cristiana.

El Comandante Salas Larrazábal, director de la Escuela Militar de Paracaidismo de Alcantarilla, en el día de la entrega de títulos a los componentes de la décima promoción, glosaba la frase de uno de los más representativos jefes de la última República española: "A los soldados comulgados no hay quien los detenga", aserto refrendado con nuestros soldados en la Guerra de Liberación, alimentados con el pan de los cuerpos, injertando en la siempre débil naturaleza humana un potencial de energías divinas.

Es el paracaidista el soldado que más necesita de esta fortaleza, pues es más esforzado su diario bregar; además, colgado entre el cielo y la tierra, se encuentra más

cerca de Dios; por eso, después de su feliz arribo a tierra, su vida ha de ser un alegre *Te Deum*, escrito con estrofas de actos de servicio.

Entre su equipo para el vuelo llevará a recado *el buen estado de conciencia*, como lo piden las Normas de Instrucción Paracaidista: la vida en gracia de Dios que aligere, después de la absolución del Capellán, que saltará con ellos, la pesadez natural del cuerpo cargado de lastres de egoístas indecisiones y cobardía. Y es aforismo teológico que *la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona*.

Con la debida dirección, la vida natural y sobrenatural se unen en admirable armonía, y lo que pudo ser puro ejercicio de gimnasia fisiológica pasa a serlo de accésis cristiana. También el paracaidista aprovecha su esmerada educación física para formar su carácter, su voluntad, y adquirir a golpes de yunque el temple que necesita, porque su vida es la negación de la vida muelle de comodidades y gustos que enervan la voluntad humana; su voluntad es un resorte movido por la del jefe que, a la voz de "¡Salten!", lo hará con admirable decisión, venciendo sus inclinaciones naturales como son el temor, "ese movimiento de abatimiento por el mal arduo inminente" con la audacia, "movimiento vigoroso hacia ese mismo mal en su categoría de superable", sobreponiéndose ésta a aquél.

Aquí de los valores pedagógicos del vigor, de la disciplina y de la subordinación, pues este espíritu de renuncia tiene a raya los instintos de la naturaleza humana; nos hace dueños de nosotros mismos, no sólo en el

conocimiento teórico del bien, sino también en el ejercicio del cotidiano vivir. Es de la más elemental pedagogía que el cuerpo vigorizado en la severidad de un ejercicio corporal es más capaz para los vuelos espirituales, pues en la educación del hombre la formación del alma y del cuerpo no pueden separarse por completo; *dominado el cuerpo, se domina el alma*; podemos afirmar en esta ocasión.

Con el esfuerzo del cotidiano bregar, alentado por unos ideales de visión cristiana de sumisión, tan ardua como trascendente, el paracaidista se hace protagonista de ese florecer continuo de flores blancas que tapiza el campo azul de los cielos en emocionante descender hasta la tierra, que en esta ocasión escalima caricias maternales.

El que alentando ideales de más sacrificado servicio a la Patria, llega a esta Escuela de Paracaidismo,

fruto sazonado de maduras realidades, se encuentra con un ambiente de seria disciplina, de intenso trabajo, de conciencia de un deber sagrado y de estrecha hermandad. Para el profano, el paracaidista es un ser segregado, extraordinario, superhombre; le separa del común de los hombres ese sentido de total entrega al servicio de su ideal. Tras de sus complicados atuendos, se ve un alma de valor extraordinario. Sin embargo, él sirve a su Patria con la naturalidad de quien hace un acto de servicio.

No sólo debemos ver al paracaidista en la aparatosa caída a tierra; su fortaleza se pone a prueba en los ejercicios de su dura preparación: son tres meses de adiestramiento metódico en el ejercitar el temible grupo de tablas de Educación Física y la



El autor, equipado para efectuar el primer salto.

teoría correspondiente, con las torturantes espaldas y los duros ejercicios abdominales, rematados con los vistosos saltos de potro y caballo en su máxima altura y los espectaculares saltos de león y de tigre.

A media mañana, instrucción paracaidista, saltos desde el muro... en todas las posiciones...; es necesario fortalecer los tobillos; volteretas hacia adelante y hacia atrás para adiestrarse en la caída a tierra...

Otra serie de ejercicios tienden a instruir al paracaidista en el abandono del avión, a fin de que haga una salida perfecta; son ejercicios de voluntad de tipo psicológico; el manto, vencedor de la repugnancia al vacío; el salto a la lona, en que el paracaidista bisonño suele sufrir consiguientes roces al contacto de esa tela; el salto de la torre con dos fases, una difícil, el salto al vacío con la tierra a unos diez metros, y otra segunda, plácida, de barracas, el descenso suave por el cable sustentador.

Estos ejercicios fundamentales, con las clases de plegados, transmisiones, cooperación aérea, reconocimiento aéreo, localización de objetivos, lectura de planos, táctica paracaidista y vuelos de adaptación e historia del paracaidismo, etc., etc., acertadamente dirigidos por experimentados y entusiastas profesores, llegan a la realización de una formación y a la creación de un ambiente paracaidista contagioso, de un proselitismo irresistible y de una estrecha unión fraternal; esto alimenta ansias que no se sacian hasta el emocionante primer salto. Allí se respira un ambiente optimista, dando a la vida un sentido juvenil de ofrenda desinteresada.

Si el que llega es un Capellán, ante aquella sencillez y generosidad no puede menos de participar de las inquietudes de sus hijos espirituales; no puede quedar al margen en la categoría de mero espectador y llegar a ser Capellán-Paracaidista, y al querer realizar esta ilusión que facilite sus ansias apostólicas, se somete con sana alegría y optimismo a todas las alternativas de la nueva vida de paracaidista; celebra su misa cuando el paracaidista abandona su colchona, y está listo todo el día para representar a Cristo en todos los trances difíciles de sus paracaidistas, y con ellos se siente legítimamente orgulloso al recibir, después de

los seis saltos, el espaldarazo que le arma caballero de los aires.

Sano orgullo es el poder ostentar el emblema y las posibles lesiones de servicios, pues bien dijo Cervantes en el prólogo a la segunda parte del "Quijote" contra los que le motejaban de manco y herido: "Las heridas que el soldado muestra en el rostro y el pecho estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra y a desear la justa alabanza."

El Capellán, en su sagrada misión, adapta su apostolado al medio de vida en que éste tiene que realizarse, en el cielo como en la tierra, y es paracaidista con los paracaidistas: es la infinita capacidad de adaptación de la siembra evangélica de Cristo, que se aclimata a todos los temperos y encuentra surco fértil en todas las tierras con tal que tenga el fertilizante de una buena voluntad.

Movido por esa comezón de conseguir que el paracaidista lleva consigo a Cristo, siente bullir en su alma aquellas palabras de San Pablo: "¿Quién enferma que no enferme yo con él?" Si en suerte me ha caído la dicha de ser Capellán de esta Escuela, no puedo vivir a espaldas de sus peligros y ser ajeno a sus inquietudes, ni resignarme a ser espectador, cuando a pública subasta se pone el valor y el servicio desinteresado de hombres generosos y valientes.

Se me antoja ver entre estos hombres al gran apóstol San Pablo: aquel concepto paulino de la vida como palestra, en la que sólo lo esforzado llega a la victoria, y siento aquel latir al unísono con el corazón de sus hijos espirituales, llegando a darse todo en aras de su misión apostólica y pasando por todos los peligros entonces existentes; si hoy hubiera vivido, sin duda que a su exhaustiva enumeración añadiría también "peligros en el aire".

Son muchos los compañeros Capellanes del Ejército del Aire que hasta ahora han tenido que resignarse a ser paracaidistas de deseo, porque la providencia no les deparó la ocasión propicia de serlo de hecho.

Desde ahora, en cualquier arriesgado desembarco aéreo descenderá a tierra la Cruz del Capellán, hermanada con las armas del piloto del moderno barco blanco de seda, que cruza los mares del espacio.